

CAPITULO ALFONSO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración, en la misma noche.

ESCENA PRIMERA

REVERENCIAS sentado, pensativo; TULA y GLORIA por la izquierda.

GLO.—¿Tampoco usted quiere jugar?

REV.—Están muy desanimadas las partidas.

GLO.—No sé qué le pasa hoy a la gente; parecen como distraídos.

TULA.—Es porque están preocupados; para jugar, lo primero que hace falta es no tener nada que decir.

GLO.—Tal vez... Voy a disponer que nos sirvan.

(Mutis Gloria por derecha.)

ESCENA II

TULA y REVERENCIAS

TULA.—¿En qué piensa usted, amigo mío?... ¿En usted mismo?...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

REV.—No.

TULA.—Comprendo. ¿Va usted a desafiarle...?

REV.—¿A quién?

TULA.—A Federico.

REV.—¡No, señoral

TULA.—Comprendo: espera usted a que él le rete.

REV.—Tampoco: si lo creyera no esperaría. ¡Pero con ese mocito hay que terminar de una vez!

TULA.—(Espantada.)—¡Amigo mío!

REV.—Está dicho.

TULA.—Por Dios, no se comprometa usted... Piense usted en su familia...

REV.—No tengo.

TULA.—Piense usted en que no la tiene, y aun es mejor.

REV.—Estoy decidido. Le prestaré dinero.

TULA.—(Timidamente.)—¿Con garantía?...

REV.—Con garantía. ¡Pues no faltaba más!

TULA.—¿Sigue usted el consejo de don Faustino...?

REV.—Sí, señora, es un hombre muy inteligente: quizás preste algo también.

TULA.—No lo creo.

REV.—Cuando tuvimos hace un instante la

intención de retirarnos, don Faustino le indicó a Lanzadeira la conveniencia de cambiar de táctica con Aurorita, diciéndole: «Si ella va en broma y usted va en serio, perderá usted siempre. Búrlese usted y alguna vez perderá ella. Ignoro si le ha convencido, pero por de pronto no se ha marchado.» Y a mí me dijo: «¿Por qué no pulveriza usted de una vez a ese enemigo, pres-tándole algo más?...»

TULA.—¿Y usted se decidió?...

REV.—Lo grave es que de momento no me conviene distraer fondos...

TULA.—Yo podría, si usted no se molestara...

REV.—No, no me molesto.

TULA.—Pero no... una mujer no puede.

REV.—Sola no, pero con un hombre... que la guíe lealmente...

TULA.—Es una tristeza que las costumbres sociales nos vedan intervenir en los negocios directamente, obligándonos a tener nuestra fortuna improductiva.

REV.—¿Tiene usted una fortuna, doña Tula?...

TULA.—Sin doña...

REV.—¿Una fortuna, Tula?...

TULA.—Con *ita*.

REV.—¡Tulital

TULA.—Fortunita.
 REV.—¿Mucho?
 TULA.—Poco...
 REV.—¿Diez mil duros?...
 TULA.—Un poquito más...
 REV.—(Cogiéndole la mano.)—¿Quince?...
 TULA.—Un poquito más...
 REV.—(Cogiéndole el brazo.)—¿Veinte?...
 TULA.—Un poquito más...
 REV.—(Casi abrazándole.)—¿Treinta?...
 TULA.—Un poquito menos.
 REV.—¿Veintisiete?...
 TULA.—Las manos, un poquito menos.
 REV.—(Apartándose.—¡Ah!... ¿Pero la cifra?
 TULA.—Treinta y cuatro mil duros en papel del Estado.
 REV.—¿En papel? ¡Qué locura!
 TULA.—No voy a negociar...
 REV.—Negociaré yo.
 TULA.—¿Usted?...
 REV.—Yo, que tengo una gran simpatía por usted, una gran admiración...
 TULA.—Don Reverencias...
 (Ruborosa.)
 REV.—¡Yo, que la adoro a usted! ¡Y eso no puede estar en papel, no; es un crimen!

TULA.—¿Usted me quiere?...
 REV.—Ha de estar en hipotecas. ¡Sí la quiero a usted! Temía ser rechazado, no mereciendo poseer tanto hechizo... ¿interior?
 TULA.—Amigo mío...
 REV.—¿O amortizable?...
 TULA.—Amortizable.
 REV.—Tenemos un veinte por ciento de margen en la cotización. Y ya que he logrado la inmensa ventura de que usted me diga que me quiere...
 TULA.—Aún no lo he dicho.
 REV.—Me lo dirá usted luego; es igual. ¿Para qué hemos de retrasar nuestra felicidad...?
 TULA.—No sea usted cruel, obligándome a responder ahora mismo... ¿No adivina usted que sufro...?
 REV.—No, señora; ¿para qué va usted a sufrir...? Dejémonos de fililíes, que no son de necesidad ahora y vamos a lo práctico. En un mes arreglamos los documentos, nos casamos, liquidamos, hipotecamos y somos felices.
 TULA.—¿Tan rápido...?
 REV.—Creo haberle dicho a usted que la adoro... Usted me lo dice a mí cuando quiera, que yo le daré ocasiones, y... nada más.

UNIVERSIDAD DE NOVI LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1925 MONTERREY, N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO ALFONSO

TULA.—Perdone usted que no sepa contestarle, pero una escena de amor entenece siempre...

REV.—Eso dicen.

TULA.—Le autorizo a usted para visitarme...

REV.—¿Para qué?... Ya nos veremos mucho después de casados. Y ahora hay que activarlo todo.

TULA.—Adiós, amigo mío... no vayan a sorprendernos.

REV.—La adoro a usted...

TULA.—Y yo soy muy dichosa creyéndolo.

REV.—Bueno, adiós.

TULA.—(En la puerta derecha.)—Adiós...

ESCENA III

REVERENCIAS; FEDERICO por la izquierda.

FED.—(Abrazándole.)—Apreciabilísimo don Reverencias... le andaba a usted buscando.

REV.—¿Para qué?

FED.—Para el inefable goce de verle a usted un momento más.

REV.—(Brusco.)—Se lo estimo. (Melifluo.) Se lo estimo, joven.

FED.—Desde que nos conocimos—y ya van

pagarés—no puedo pasarme un día sin recordárselo: si no me entristezco.

REV.—(Riendo.)—Bien hecho.

FED.—Entre una satisfacción mía y una rabieta de usted... a ojos cerrados la rabieta.

REV.—¿Y para qué se privaría de ese gusto...? Continúe, continúe... Usted a intentar disgustarme, y yo a quererle más cada día.

FED.—(Desconcertado.)—¿Eh...?

REV.—Cada día a encontrarle más simpático.

FED.—¿Eh...?

REV.—Y cada día más deseoso de servirle.

FED.—¿Eh...?

REV.—A ver quién vence a quién.

FED.—¿No llegará ese encanto a prestarme dinero...?

REV.—Llega.

FED.—¿Eh...? ¿Cinco mil del ala...?

REV.—Cinco mil del ala, o de ala y pechuga, o del sitio que usted elija.

FED.—¿A cómo? ¿Al seis...?

REV.—Al tres.

FED.—¿Estoy soñando...? ¿Al tres anual?

REV.—Eso ya es delirio. Mensual.

FED.—Tres por doce... Al treinta y seis nada más.

- REV.—Nada más.
- FED.—¡Pero eso es despilfarrar, don Reverencias!
- REV.—Aunque lo sea.
- FED.—¡No le conozco a usted...!
- REV.—Ni yo tampoco, pero así soy con un amigo.
- FED.—¿Y cuándo realizamos esa hazaña?
- REV.—Mañana.
- FED.—¿Por la mañana?
- REV.—Al amanecer, si usted lo prefiere.
- FED.—¡Pero usted es angélico, don Reverencias!
- REV.—Nunca sabe uno de fijo lo que es...
- FED.—Esta generosidad, digna de bronces y de mármoles, le rehabilita a usted... Desde hoy es usted un caballero intachable.
- REV.—No, no...
- FED.—Un espejo de amigos.
- REV.—No, no...
- FED.—Y otro espejo de... de cualquier otra cosa. Le proclamaré *in facia al mundo*. Yo seré el Lohengrin de los préstamos de usted.
- REV.—Sentiría que por este pequeñísimo servicio se privara usted de insultarme de vez en cuando...

- FED.—¡Imposible ya!
- REV.—Se lo suplico a usted.
- FED.—¡De ninguna manera!
- REV.—Bueno, pues me resigno: tráteme usted bien... Incluso en todo, cedo ya.

ESCENA IV

DICHOS: FAUSTINO por izquierda.

- FAUS.—¿Hablan de algo en reserva...?
- REV.—No.
- FED.—(Aparte a Faustino.)—Don Reverencias quedó clasificado como ángel de primera clase. ¡Es encantador!
- FAUS.—No lo extraño... (Yendo a Reverencias.) ¿Hechas las paces?
- REV.—Por completo.
- FAUS.—(Aparte a Reverencias.)—Ya se lo dije a usted... Es muy fácil comprar un hombre, sobre todo si tomamos la precaución de no proponerle que se venda.
- REV.—Agradecidísimo a su consejo, don Faustino. Y si alguna vez me necesita usted... lo que usted quiera; al treinta y seis... y a menos.
- FAUS.—Gracias.

ESCENA V

DICHOS: LANZADEIRA por izquierda.

FED.—Oiga usted, Lanzadeira, ¿qué combinación le proponía usted antes a Aurorita para que ella se negara tantas veces...? ¿Debía ser muy complicada, eh...?

LAN.—Sepa usted, señor mío, que yo no le propongo nada a las mujeres.

FED.—¡Qué torpezal!

LAN.—Y cuando se lo proponga no he de contárselo a nadie.

FED.—Eso ya es más disculpable.

FAUS.—Bastante depravación hay por el mundo: no añadamos la de pregonarla.

FED.—Dice usted muy requetebien, don Faustino. Y es un dolor el pensar en que haya tanta inmoralidad, sin que uno se aproveche casi nada.

FAUS.—Allá veremos lo que usted opina cuando tenga hijas.

FED.—No las tendré. Si me caso ha de ser a condición de no tener más que hijos: si nacen hijas, no vale.

REV.—Bien pensado, pollo.

LAN.—Da asco oír a la juventud...

FED.—Pues ahora vamos a oír a la edad madura: ande, Lanzadeira, desatine.

LAN.—¿Sabe usted lo que le digo, joven? ¡Que es usted muy agresivo!

FED.—¿Yo...?

REV.—¡Qué injusticia tan grande! Si estudiara usted el carácter de...

LAN.—¿Sabe usted lo que le digo, don Reverencias?

REV.—Todavía no.

LAN.—Que me basta mi parecer; y el ajevo, mientras no lo solicite...

REV.—¿Agresivo don Federiquito...? No, señor.

LAN.—¡Sí, señor!

REV.—No, señor. Estando usted no lo es nadie. Usted se lleva el premio y los dos accesits.

LAN.—¡Señor mío! Extraño mucho ese concepto de usted...

REV.—¿Y qué le vamos a hacer...? Los que no hablamos nunca, cuando hablamos algo, sorprendemos a todos. A mí se me ocurrió meter esta baza en la conversación... ya la metí... ¡y qué le vamos a hacer!

FED.—¡Bien, angélico don Reverencias, bien! ¿Me permite usted que le dé un abrazo hipotecario...?

REV.—Sí, sí.

LAN.—¡Espero una explicación de esas palabras!

FAUS.—Buena gana de armar pelea por cosa de tan poca monta. Ríase usted y será mejor.

LAN.—¿Yo?... Cuarenta años voy a cumplir: tengo el orgullo de poder afirmar que no he reído jamás.

FED.—Dará gusto vivir con usted...

FAUS.—Pues ya hay cosas de mucha gracia...

LAN.—Ninguna. Payasadas que celebran otros payasos para que después rían las suyas. El hombre no debe tener más que un momento verdadero de regocijo en su vida: cuando se muere.

REV.—¡Ay, este señor es un cafrel!

FED.—¿Está usted resentido con los cafres?...

LAN.—En los demás momentos sólo existe motivo para dolerse de que nos obliguen a pertenecer a esta indecente humanidad, que no tiene más que vicios y egoísmos, y por buen tener, indiferencias.

FED.—También hay amor.

LAN.—Amor, no; amores. Parece más y es bastante menos.

REV.—Hay buenos amigos.

LAN.—Ni amigos, ni buenos: gente que nos conviene o que nos distrae.

FAUS.—Hay placeres...

LAN.—Cuando hay dinero.

FAUS.—Hay bondad, hay caridad...

LAN.—Sí, sí; el día en que la caridad sea la única razón para dar limosna, se acabaron los mendigos. Y cuando uno está convencido de los resortes que nos mueven, todos viles y mezquinos y mortificantes, se persuade uno pronto de la inmundicia moral, de la roña que tienen las almas, y lo que aquí en el mundo nos hace más falta es que venga otro diluvio, pero no de agua sola, sino de agua con jabón y con piedra pómez y unos cuantos centenares de miriadas de ángeles que raspen bien las almas, a ver si ellos pueden devolverles la blancura que tuvieron y que ya por la tierra no tendrán.

FED.—Estoy viendo a Aurorita de Querubín con alas de piedra pómez... y negándose a raspar a Lanzadeira.

LAN.—¿Es mentira?

FAUS.—Mentira, no; exageración. Hay quien mira las cosas con una lente y hay quien las oye con un prejuicio, y llegan a la vista y a los oídos muy diferentes de lo que son en realidad.

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

LAN.—Ya nos dijo usted que todas las personas son buenas: ¿va usted a decirnos ahora que también lo son las cosas?...

FAUS.—También: es cuestión de buscarles la utilidad o el momento. Una piedra de cantería es admirable para edificar...

FED.—Y para llevarla en el bolsillo ha de ser muy incómoda.

FAUS.—Bien acicaladas o vestidas con descuido, las mujeres son las mismas: pero, ¿por qué se las ha de perseguir cuando entran en su tocador con el frasco de perfumes en la mano?...

FED.—Claro, puede romperse el frasco...

FAUS.—Persígala usted después, cuando sale perfumada ya. Cierto que los pájaros se comen insectos y larvas y no es poético mirarlos con las piltrafas en el pico... pero el secreto de la vida consiste precisamente en eso, en no buscar al ruiseñor cuando come y en buscarlo cuando canta. Pero usted, Lanzadeira, no sé por qué causa se ha complacido un día en quedarse extático ante una charca de ranas y luego, con muchísima lógica, se ha tapado usted los oídos para no escuchar lo mal que cantan todos los seres de la creación. Créame a mí; riase usted un poco, que todo no merece ser tratado en serio.

LAN.—Eso jamás.

FED.—No puede: está contratado por la Compañía general de Tristezas públicas.

LAN.—En lo que me parece, señor mío, y no le debo a usted cuenta ninguna.

FAUS.—Ni a nadie. Perdone usted lo dicho.

... (Marcha hacia el foro.)

REV.—(A Faustino.)—Es un cardo...

FAUS.—Es un hombre que no acierta nunca, y el no acertar, teniendo orgullo, da mala idea de los demás hombres...

REV.—Y luego no quiere cambiár...

FED.—Cuestión de carácter.

(Mutis por foro Faustino, Reverencias y Federico).

ESCENA VI

LANZADEIRA y AURORA, por izquierda.

AUR.—Aún estoy aguardando esa contestación. Mañana vamos de merienda.

LAN.—(Fosco.)—Que se diviertan ustedes.

AUR.—¿Vendrá usted con nosotros?...

LAN.—¿Para qué?... ¿Para volver cansado y aburrido?...

AUR.—Si le teme usted al cansancio se privará usted de muchos movimientos, Lanzadeira...

LAN.—De algunos. Y a nadie le importa que vaya o que deje de ir.

AUR.—Yo le vería a usted con mucho gusto.

LAN.—¡Porque usted!... Usted es muy coqueta, Auroral

AUR.—Tal vez...

LAN.—¡Seguramente!

AUR.—Bien. ¿Pero lo dice usted alabándome?

LAN.—Como usted quiera menos como alabanza.

AUR.—Pues mal dicho. Para ser agradable a los demás, la gente hace lo que se figura que hace mejor; uno canta, otro baila, otro habla... y todos procuramos lucir nuestras habilidades. Yo no valgo nada, ni sé hacer nada entretenido.

LAN.—¡Ya aprenderá usted!...

AUR.—Lo único que hago regularmente es coquetear. ¿Por qué se incomoda usted?... ¿Por qué pretende usted privarme de que luzca ese poquito de mérito?...

LAN.—¡Si lo empleara usted conmigo exclusivamente!...

AUR.—Perdería el tiempo. Para usted, Lanzadeira, tan desengañado, no puede haber alma que merezca se estimación. Usted pasa por las amistades y por los afectos sin que le interesen,

y únicamente le conovería hallar otra alma gemela. Le ocurre a usted lo que a los españoles cuando viajan por el extranjero: de cuanto pueden ver, lo que más e gusta es el encontrarse con otro español.

LAN.—¿Y por qué no es usted igual a mí?...

AUR.—Pues mire usted... ¡con franqueza! Por fuera no ganaría... y usted dispense: y por dentro ha de ser difícilísimo parecerse a usted. No todo el que se lo proponga conseguirá tener el corazón asqueado, los ojos indiferentes y los oídos rebeldes a una palabra cariñosa.

LAN.—¿Indiferente yo?... Lo aparento para no mostrar la humillación, pero cuando usted habla con otro me doy a todos los demonios.

AUR.—En eso hace usted perfectísimamente; no se debe renegar de los compañeros.

LAN.—¿Cree usted que me satisface el observar la preferencia con que usted atiende a Federico, por ejemplo?... Pues ese no será por lo comedido del lenguaje, que bien ensarta horrores.

AUR.—Sí, señor; pero hay horrores... y horrores. Las de Federico son cosas malas que se pueden decir... y las de otros son cosas malas y que además no se pueden decir.

LAN.—(Afectuoso.)—¿Y si yo no las dijera,

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

adelantaría algo en el aprecio de usted?... ¿Llegaría usted a quererme?

AUR.—Eso usted lo ha de lograr.

LAN.—No, Aurorita. Precisamente lo triste de todo lance de amor es que necesitan quererse dos: conque adore uno solo no basta. Alcanza y sobra el propósito de uno solo para ganarse la vida, que es algo, y para ganar el cielo, que también es algo; uno solo llega a la fortuna, a la fama, a la vejez, a la muerte... ¡a todo! y únicamente para llegar al cariño es menester que se junten dos... Por eso el amor es el empeño más grande y más loco en que los mortales se aventuran por la tierra...

AUR.—Y asustando a quien se busca, más loco aún.

LAN.—No es asustar lo que yo persigo.

AUR.—¿Viene usted mañana de merienda con nosotros?

LAN.—(Fosco.)—Con mucho gusto.

AUR.—Hay que decirlo de otro modo.

LAN.—Tendré el honor de...

AUR.—No. Con otra cara.

LAN.—¿Pero usted cree que si yo tuviera otra hevaría esta?...

AUR.—Pues a buscarla.

LAN.—Sí, iré al bazar.

AUR.—No tan lejos. Varíe usted los pensamientos... y ellos se encargarán de dulcificarle el semblante... y la vida. ¿Viene mañana?

LAN.—(Humilde.)—Con mucho gusto.

AUR.—Aún no es así; se lo volveré a preguntar. Estudie...

ESCENA VII

DICHOS: GLORIA, por derecha; luego FEDERICO, por foro.

GLO.—¡Auroral... ¡Gran noticia!

AUR.—¿Qué es?...

GLO.—Tula... Doña Tula... en amores.

AUR.—¿Y la víctima?

GLO.—Don Reverencias.

AUR.—Pero eso es ridículo.

GLO.—Así me reí yo cuando la interesada me lo dijo... (Llamando.) ¡Lanzadeiral...

AUR.—¡Déjale! Está estudiando.

GLO.—¿Para qué?

AUR.—Para ser feliz.

FED.—¡Glorial... ¡Se ha trastornado el globo terráqueol... ¡Don Reverencias es mi amigo entrañable!

GLO.—¿Por qué?